DOI: http://dx.doi.org/10.26489/rvs.v39i58.4
e223

Trabajar sin salir de la situación de calle

Una etnografía con empleados de seguridad

María Gabriela Paviotti y Santiago Bachiller

Resumen

A partir de una investigación realizada entre 2016 y 2023 con personas en situación de calle (PSC) empleadas como guardias de seguridad en la Región Metropolitana de Buenos Aires nos preguntamos: ¿Cómo es posible que una persona resida en la calle pese a tener un empleo? ¿Por qué continúan trabajando, si dichos empleos no les permiten superar la situación de calle? El objetivo del texto consiste en analizar el sentido que las PSC otorgan a su trabajo como guardias de seguridad. Se adoptó una metodología cualitativa, centrada en entrevistas en profundidad y observación participante con PSC, más el análisis de fuentes secundarias. Los hallazgos plantean que, incluso sin revertir la extrema precariedad material, el trabajo es un recurso simbólico clave para sostener la autoestima y la pertenencia.

Palabras clave: trabajo, situación de calle, empleados de seguridad, integración social

Abstract

Working without overcoming homelessness: An ethnographic study of security guards

Based on research conducted between 2016 and 2023 with homeless individuals employed as security guards in the Buenos Aires Metropolitan Area, we ask: How is it possible for a person to live on the streets despite having a job? Why do they continue working if these jobs do not allow them to overcome homelessness? The aim of this text is to analyze the meaning that homeless individuals attribute to their work as security guards. A qualitative methodology was adopted, focusing on in-depth interviews and participant observation with homeless individuals, along with the analysis of secondary sources. The findings suggest that, even without reversing extreme material deprivation, work is a key symbolic resource for sustaining self-esteem and belonging.

Keywords: Work, Homelessness, Security personnel, Social integration

Resumo

Trabalhar sem sair da situação de rua: uma etnografia com trabalhadores da segurança

Com base em pesquisa realizada entre 2016 e 2023 com pessoas em situação de rua que trabalham como seguranças na Região Metropolitana de Buenos Aires, questionamos:

como é possível uma pessoa viver nas ruas mesmo tendo um emprego? Por que elas continuam trabalhando se esses empregos não lhes permitem superar a situação de rua? O objetivo deste texto é analisar o significado que as pessoas em situação de rua atribuem ao seu trabalho como seguranças. Adotou-se uma metodologia qualitativa, com foco em entrevistas em profundidade e observação participante com pessoas em situação de rua, além da análise de fontes secundárias. Os resultados sugerem que, mesmo sem reverter a privação material extrema, o trabalho é um recurso simbólico fundamental para manter a autoestima e o sentimento de pertencimento.

Palavras-chave: Trabalho, Pessoas em situação de rua, Empregados de segurança, Integração social.

María Gabriela Paviotti: Magíster en Antropología Social, IDES-IDAES (Argentina).
ORCID: 0000-0003-0333-1545
Email: gabrielapaviotti@gmail.com
Santiago Bachiller: Doctor en Antropología Social, UAM (Madrid, España). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y docente de la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN) y de la Universidad Nacional Patagonia Austral (UNPA), Argentina.
ORCID: 0000-0001-6257-055X
Email: santiago.bachiller@gmail.com

Recibido: 27/8/2025

Aceptado: 4/12/2025

Introducción

El trabajo suele ser percibido como una de las dimensiones principales que rige nuestras vidas; tal es así, que algunos autores lo señalan como parte de la esencia humana (Neffa, 2003). El trabajo es identificado con un ingreso que garantiza la subsistencia y el acceso a mercancías indispensables para los procesos de valoración propios de una sociedad de consumo; la base del sistema de protección o seguro social; un ámbito clave en la estructuración del sentido de la temporalidad, un espacio donde las rutinas se transforman en *habitus*; un escenario fundamental en el desarrollo de las sociabilidades, los procesos de subjetivación y la autoestima (Meda, 1998; Giddens, 2001; etc.).

A partir de una etnografía con personas en situación de calle (PSC) que se desempeñan como empleados de seguridad en la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA, Argentina)[1], nos interesa problematizar tales supuestos. ¿Cómo es posible que una persona resida en la calle pese a tener un empleo? ¿Por qué continúan trabajando, si dichos empleos no les permiten superar la situación de calle? ¿Qué nos revela esta etnografía sobre la relación entre el trabajo y la integración social? Este artículo tiene por objetivo analizar los sentidos del trabajo que sustentan las PSC empleadas como guardias de seguridad.

El texto es resultado de la articulación de distintas instancias de investigación. Por un lado, la ejecución de una serie de proyectos de investigación dirigidos por Santiago Bachiller[2] sobre políticas públicas destinadas a las PSC en la RMBA. Por el otro, y especialmente, la tesis de maestría en Antropología Social de María Gabriela Paviotti (2023).

La investigación adoptó una metodología cualitativa, con predominio de las técnicas etnográficas. Se realizaron entrevistas en profundidad a PSC en general y, en particular, a quienes se desempeñan como empleados en garitas de seguridad. En el marco de la tesis anteriormente citada, el corpus principal de entrevistados incluyó a siete guardias de seguridad en situación de calle, complementado con nueve PSC que trabajaban en oficios informales, ocho PSC sin empleo y tres guardias de seguridad que no estaban en situación de calle, además de dos empleadores de garitas, un gerente de recursos humanos y un empresario que contrataba servicios de seguridad. Sin embargo, los proyectos de investigación implicaron unas 70 entrevistas en profundidad, las cuales se extendieron a integrantes de organizaciones sociales; PSC que no necesariamente se desempeñan como empleados de seguridad; empleados de la Dirección General de Atención Integral Inmediata, entidad responsable del tema de calle en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA); así como trabajadores de diferentes dependencias de

1 La RMBA incluye a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 39 municipios de la provincia de Buenos Aires; según el censo nacional del 2022, en dicha región reside el 35 % del país; es decir, unas 15.625.000 personas (Indec, 2024b).

2 PIP 2021-2023, Conicet; PICT 2019-04462, ANPCyT; PI 32/19, Untref.

diversos municipios de la Provincia de Buenos Aires (PBA). También realizamos observación participante en asambleas implementadas por organizaciones sociales, en refugios nocturnos para PSC (Centros de Integración Social, CIS), etc. En cuanto a las fuentes secundarias de investigación, nos centramos en censos sobre PSC, en la legislación vigente, en informes estatales o publicaciones de organizaciones sociales, etc. En nuestro análisis privilegiamos los puntos de vista nativos ligados con el trabajo; es decir, destacamos la reflexividad de las propias PSC, ponderando la racionalidad subyacente en su elección de sostener un trabajo que no les permite superar la situación de calle.

El recorte temporal (2016 a 2024) coincide con el inicio de la tesis y con la culminación de los proyectos de investigación anteriormente citados. A su vez, la delimitación espacial abarca la CABA y municipios del norte del conurbano bonaerense (Vicente López, San Isidro y San Fernando)[3], en línea con los circuitos que recorren las PSC empleadas en garitas de seguridad entrevistadas.

El artículo se organiza en tres secciones. La primera ofrece un marco teórico sobre las perspectivas hegemónicas en torno al trabajo, sintetizando el proceso histórico de condensación de significados que dio origen a las concepciones dominantes en la actualidad. A su vez, el apartado revisa las teorías de la exclusión social, analiza la persistente centralidad del trabajo en contextos de informalidad y examina los aportes académicos sobre la relación entre PSC y empleo.

La segunda sección contextualiza las opciones laborales de las PSC. En tal sentido, ofrece estadísticas de pobreza e informalidad, caracteriza a la población en calle de la RMBA, así como describe las condiciones de precariedad propias del trabajo en garitas de seguridad.

Discutiendo con la bibliografía especializada que identificó al empleo como la principal fuente de integración social, en el tercer título se despliegan los resultados etnográficos sobre los sentidos del trabajo que sustentan las PSC.

Las conclusiones ofrecen una síntesis de los principales argumentos esgrimidos acerca de los sentidos en torno al trabajo y su vinculación con la integración social.

Marco teórico

En nuestras sociedades el trabajo es considerado por muchos como una invariante de la naturaleza humana (Meda, 1998). En este sentido, Neffa (2003, p. 140) sostiene que el trabajo es una categoría antropológica, una «actividad propiamente humana y necesaria, que permite la realización personal y la relación con otras personas en el seno de un colectivo de trabajo».

3 El conurbano bonaerense se encuentra integrado por 24 municipios de la PBA que rodean a la CABA. Allí residen unas 10.984.664 personas, cifra que supone el 25% de la población de Argentina (Cippec, 2025).

Por el contrario, Meda afirma que los imaginarios sociales sobre el trabajo han sido objeto de un proceso de «encantamiento», pues el mismo se encuentra «cargado de todas las energías utópicas que se le han atribuido a lo largo de los dos últimos siglos» (1998, p. 231). Frente a una visión esencialista, Meda propone una genealogía del concepto: el trabajo es producto del devenir histórico, por lo cual no siempre tuvo el mismo valor.

La resignificación del trabajo se origina en los inicios del capitalismo, cuando comenzó a desprenderse de las connotaciones peyorativas heredadas de la Edad Media, período en el que se lo concebía como un deber exclusivo de quienes lo necesitaban para subsistir (Castel, 1997). Con la reforma protestante, el trabajo adquirió un valor intrínseco, y a finales del siglo XVIII, la economía política clásica —con Adam Smith a la cabeza— lo definió como una sustancia homogénea e intercambiable. En el siglo XIX, Hegel y Marx lo entendieron como una actividad creadora esencial, aunque este último destacó su carácter ambivalente: bajo el capitalismo, el trabajo está alienado y privado de su potencial creativo. Con el Estado de Bienestar, trabajo y empleo tendieron a confundirse, y el salario se volvió el principal medio de acceso a derechos y bienes sociales. La valoración del trabajo como realización personal y núcleo de las relaciones sociales es, entonces, una construcción histórica tardía, propia de los siglos XIX y XX (Meda, 1998).

Giddens (2001) sostiene que hoy el trabajo: a) provee un salario, es el principal medio de subsistencia; b) permite adquirir y ejercitar capacidades; c) abre acceso a espacios distintos del hogar; d) estructura la temporalidad; e) genera vínculos sociales; y f) aporta sentido a la identidad. En este marco, el trabajo aparece como un eje básico de cohesión social; parafraseando a Mauss, podría decirse que es un hecho social total (Mauss en Meda, 1998).

No sorprende, entonces, que las teorías de la exclusión social, surgidas en Francia en los años 1980, destaquen el rol del trabajo asalariado como eje de integración social y matriz de ciudadanía (Castel, 1997). Tras la Segunda Guerra Mundial, el Estado de bienestar organizó sus garantías en torno al empleo formal, haciendo del salario un medio de acceso a derechos, consumo y reconocimiento. Esta centralidad generó la separación conceptual entre pobreza y trabajo, vinculando integración y utilidad social con la inserción en el mercado laboral (Bachiller, 2008). El desempleo implicaba no sólo exclusión del sistema de protección, sino también un golpe a la autoestima.

La reestructuración productiva asociada a la globalización, la crisis del petróleo y el desmantelamiento del Estado social acentuaron el desempleo y la precarización, generando inestabilidad y exclusión. En este marco, Castel (1997) distingue tres zonas de cohesión social —integración, vulnerabilidad y exclusión—, siendo esta última caracterizada por la desvinculación del empleo formal y la erosión de las redes de sociabilidad. Las PSC representan un ejemplo paradigmático de este

proceso, al quedar desconectadas tanto del mercado laboral como de los soportes relacionales y de políticas capaces de frenar su caída social.

En América Latina, y en particular en Argentina, el Estado social y el empleo asalariado nunca alcanzaron los niveles europeos, situación agravada por la masividad del trabajo informal. El debate sobre este fenómeno sigue abierto; no obstante, existe consenso en que la economía informal no se reduce al incumplimiento legal; en países con marcos laborales avanzados, pero sin pleno empleo, funciona como vía de absorción del excedente laboral (Manvoutouka, 2013). Lejos de ser marginal, la informalidad se vincula al capitalismo tardío por medio de la flexibilización y la persistencia de prácticas precapitalistas funcionales al capital (Portes y Haller, 2004). Así, la economía popular adquiere lógicas propias: como veremos en las PSC, la competencia o acumulación pueden ceder lugar a principios como la confianza o la circulación inmediata de dinero.

Pese a su masividad, la informalidad sigue atravesada por los valores del trabajo como base de la integración social, sustento material, fuente de legitimidad social y autoestima. Aunque el capitalismo erosionó a la sociedad salarial y debilitó al Estado social, persiste la idea del empleo asalariado como sinónimo de derechos (Neffa, 2003; Salvia, 2003; Meda, 1998). Las políticas públicas siguen organizándose en torno a este imaginario.

La bibliografía especializada muestra la relación entre posición en la división del trabajo y lugar en la escala social, revelando el papel del trabajo en los procesos de subjetivación (Castel, 1997; Neffa, 2003). Sin embargo, autores como Bauman (2000) advierten que, en el capitalismo tardío, el consumo tiende a desplazar al trabajo como eje identitario. Así, la exclusión laboral implica también exclusión del acceso a bienes y experiencias socialmente valoradas, generando efectos psicosociales. Para entender por qué alguien acepta un trabajo que no lo saca de la calle, debe considerarse que el consumo opera como marcador de pertenencia, generando nuevas formas de inclusión y estigma (Boivin *et al.*, 2004).

La literatura sobre PSC destaca que el trabajo tiene una dimensión simbólica además de la económica (Bachiller, 2008). Estudios sobre venta de prensa social muestran cómo estas prácticas permiten evitar la mendicidad y recuperar dignidad (Gerrard, 2017; Wilkis, 2006). Estas investigaciones coinciden en que el trabajo es fuente de reconocimiento y construcción identitaria, donde incluso su búsqueda reafirma la adhesión a valores laborales.

La bibliografía ha cuestionado el estigma que asocia la situación de calle con la pasividad o la vagancia. Snow y Anderson (1987) sostienen que, ya que la exposición pública limita la posibilidad de ocultar el estigma, las narrativas identitarias funcionan como una estrategia clave para preservar la autoestima, en las cuales el trabajo aparece como un referente recurrente.

Aunque el trabajo se asocia a la autorrealización, no todas las tareas tienen igual valoración (Bauman, 2000). Algunas PSC rechazan empleos precarios como

forma de preservar su dignidad (Bourgois, 2010), mientras otras los aceptan para mantener su identificación laboral. Este proceso también se observa en otros colectivos, como los cartoneros, que resignificaron el cirujeo como trabajo socialmente útil y digno (Perelman, 2011). Así, el trabajo sigue siendo un recurso simbólico clave para sostener la autoestima y la pertenencia, incluso sin revertir la exclusión material.

Contexto

Para entender el contexto en el que se enmarca nuestra investigación, en este apartado se caracteriza la coyuntura económica y laboral argentina; luego, se ofrece una descripción sociodemográfica de las PSC en CABA y el conurbano bonaerense; finalmente, se presenta una descripción del mundo de las garitas de seguridad.

Datos sobre pobreza, empleo y trabajo informal en la RMBA

Entre las décadas de 1940 y 1980, Argentina mantuvo niveles cercanos al pleno empleo, lo que consolidó al trabajo como eje de identidad social y familiar (Perelman, 2011). Sin embargo, la crisis estructural iniciada en los años setenta y profundizada en los noventa debilitó al Estado como garante de derechos, generando exclusión social, desempleo, caída salarial y aumento de la pobreza (Neffa, 2003; Salvia, 2003). La pérdida del empleo, si bien no explica por sí sola la situación de calle, constituye un factor clave en la producción de vulnerabilidades (Bachiller, 2008; Rosa, 2017). Desde entonces, la creación de empleo se concentró en el sector informal y precario, que hacia fines de 2023 alcanzaba al 41,4 % de los trabajadores (Indec, 2024a).

Para contrarrestar esta tendencia, desde fines de los 1990 el Estado implementó planes de empleo que, si bien contribuyeron a reducir la desocupación, no lograron que el subempleo inestable pasara del 9,7 % en 2010 al 23 % en 2022 (ODSA, 2023). La expansión del sector micro informal —caracterizado por actividades autónomas de baja productividad y alta rotación— alcanzó en 2022 al 53,6 % de los trabajadores (ODSA, 2023). En ese mismo año, solo el 40,3 % de la población económicamente activa accedía a un empleo con plenos derechos, lo que evidencia una estructura laboral marcada por la precariedad y una alta probabilidad de empeoramiento de las condiciones laborales.

El sector microinformal concentra a gran parte de los entrevistados en esta investigación. En 2018, el 81,7 % de los trabajadores de este sector se encontraba en empleos precarios o subempleos inestables, con ingresos significativamente menores que los del empleo formal y con un acceso muy limitado a derechos laborales y sociales. En cuanto a la desigualdad salarial, mientras los trabajadores formales percibían en promedio $ 24.985 mensuales, los del sector micro-informal

apenas alcanzaban los $ 10.283. Esta brecha también se evidencia en el acceso a derechos: más del 75 % no tenía aportes jubilatorios y más de la mitad carecía de cobertura de salud (Donza, 2019).

Fenómeno de calle en la RMBA

No existen estadísticas fiables sobre la cantidad de PSC en la RMBA. La aproximación más relevante es la del Relevamiento Nacional de Personas en Situación de Calle (Renacalle, 2023)[4], pero la misma tan sólo registró en la CABA y en 3 de los 24 municipios del conurbano bonaerense. La PBA y sus respectivos municipios no han generado censos[5], por lo cual la mayor parte de la información aquí analizada responde a las estadísticas que se focalizan en la CABA. No obstante, es preciso señalar que las cifras del gobierno de la ciudad (GCABA) han sido objeto de impugnación por parte de las organizaciones sociales. Tales cuestionamientos derivaron en la realización de diversos Censos Populares, cuyos resultados indefectiblemente multiplicaron las estadística oficiales[6]. Así, en 2019 el GCBA identificó 1.734 PSC, mientras que el Censo Popular registró a 7.251. Del mismo modo, las 3.511 PSC detectadas por el gobierno en 2023, contrastan con las 8.028 contabilizadas por el Renacalle (2023). En todo caso, incluso dando por válidas las cifras oficiales, el dato a destacar es el permanente incremento del fenómeno de calle.

Los distintos censos coinciden en que se trata de una población mayormente masculina, adulta, con baja escolaridad, salud deteriorada y redes sociales primarias débiles o sin capacidad de apoyo. En relación con el trabajo, el 60,3 % de los entrevistados en el Renacalle (2023) realizaron alguna actividad laboral en la última semana; ahora bien, el 60,3 % alegan ser trabajadores independientes sin aportes, mientras que el 18,5 % manifestó tener un empleo informal. Solo el 1,7 % cuenta con un trabajo formal. No es de extrañar entonces que, al ser consultados por el factor que les permitiría superar su situación de calle, la mayoría (37,6 %) eligió la opción «mejorar la condición laboral».

A pesar de que la PBA desde el 2009 cuenta con una ley (13.956) sobre PSC, durante el período examinado prácticamente no generó programas ni dispositivos

4 El Renacalle fue llevado a cabo en el 2023 por organizaciones civiles más el acompañamiento técnico de la Secretaría de Integración Socio Urbana del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación; solo incluyó a 11 ciudades del país, contabilizando a 9440 PSC.

5 El Censo Popular Zona Sur, llevado a cabo por organizaciones sociales en el 2019, es el único antecedente de relevamiento en el conurbano bonaerense; el mismo se limitó a los municipios de Lomas de Zamora y Lanús.

6 La distancia entre las cifras oficiales y las generadas por los Censos Populares responden a cuestiones como la duración de los operativos (una noche en los conteos gubernamentales, varios días en los censos populares), la definición de PSC (algunos conteos oficiales no incluyeron a quienes pernoctaban en los refugios nocturnos), o los alcances territoriales (los Censos Populares recorren un radio más amplio de la ciudad).

destinados a las PSC; debido a la falta de financiamiento, incluso los escasos programas existentes resultaron inoperativos[7].

En la CABA la situación es diversa: si bien encontramos una dificultad para pasar de un enfoque asistencialista basado en la urgencia a una política integral de derechos (Bachiller, 2025), lo cierto es que el gobierno posee una política consolidada de alojamiento masivo y temporal —ya sea en CIS o en hoteles precarios mediante subsidios habitacionales—, asistencia inmediata en la vía pública, Campañas de Frío, relevamientos censales, etc. Sin embargo, la dimensión laboral estuvo prácticamente ausente en las respuestas estatales.

Desde 2008, solo existía el programa Formación e Inclusión para el Trabajo (FIT), orientado a poblaciones vulnerables, pero la situación de calle no era un criterio específico de acceso. Recién en 2021, con la creación de la Dirección General de Desarrollo e Inclusión Social en el GCABA, se comenzó a «perfilar» a las PSC alojadas en los CIS con el objetivo de promover una inserción laboral progresiva.

Sin embargo, hasta el cierre de nuestro trabajo de campo, esta política había tenido un alcance limitado: según nuestras entrevistas, en 2022 se perfilaron 1400 personas y menos de 100 lograron acceder a un empleo. Asimismo, las políticas siguen centradas en enfoques asistencialistas, sin contemplar la complejidad de las trayectorias de las PSC ni desarrollar estrategias estructurales como cupos laborales o incentivos al sector privado.

Caracterización del mundo de las garitas en la RMBA

El sector de la seguridad privada constituye una vía laboral accesible para personas de sectores populares con baja calificación educativa. Aunque existen requisitos legales —como educación secundaria completa, ausencia de antecedentes penales y cursos específicos—, su cumplimiento es irregular; en el 2011, el 62 % de los trabajadores del sector tenía educación incompleta (Fleitas Ortiz de Rosas, 2011). Las empresas formales ofrecen empleo estable con salario fijo y beneficios, aunque bajos, atrayendo a quienes han sido excluidos de otros sectores laborales (Lorenc Valcarce *et al.*, 2012).

La expansión de la demanda y la falta de regulación desprofesionalizaron el sector, impulsando servicios informales con prácticas propias, como la «compra del puesto», la garita y la cartera de clientes. Por ejemplo, a principios del 2017 un entrevistado había «comprado una garita, y las 4 cuadras circundantes con los

7 Recién en 2021 se creó el Programa CIS, orientado a establecer convenios con municipios y organizaciones sociales y religiosas. Al finalizar el trabajo de campo, existían acuerdos con 6 municipios y 18 entidades eclesiásticas que se distribuyen entre los 135 partidos de la PBA; los mismos se centran principalmente en becas por plaza cuyo monto (55,90 dólares mensuales) resultan insuficientes frente al costo de un alquiler y/o los gastos básicos de funcionamiento de los dispositivos.

abonados» por 65.000[8] pesos, que en ese momento eran 4.000 dólares: «Me la vendió con 10 casas. Una garita, el puesto, cuesta 60 o 70 mil pesos. Te lo venden con el personal y los abonados» (Enzo, marzo de 2017).

Las condiciones laborales en estas garitas, donde se desempeñan nuestros entrevistados, son muy precarias: no hay contrato, se paga poco, no existen beneficios como vacaciones o aguinaldo, y las jornadas superan las 70 horas semanales por sueldos que en 2017 rondaban los $ 7.000[9], sin garantía de cobro completo y con descuentos arbitrarios.

La contratación es informal y basada en contactos —sin pedir documentación ni verificar antecedentes penales—; los turnos se cubren rápidamente, con solo preguntar a otro guardia por disponibilidad para trabajar; la capacitación, cuando existe, es en el puesto y brindada por otros guardias; la organización es mínima, con supervisión ejercida por allegados al propietario.

Las tareas realizadas son básicas: vigilar accesos, hacer rondas, acompañar a vecinos al cerrar portones o notificar movimientos sospechosos. En general, no están armados y pocos tienen teléfonos. La precariedad también se refleja en la infraestructura: garitas de madera o plástico, sin baño, calefacción ni agua, donde los propios guardias deben aportar los escasos elementos de comodidad.

En definitiva, las garitas informales configuran un sistema paralelo a la seguridad privada formal que acentúa la informalidad laboral. No obstante, para muchos trabajadores representan su única fuente de ingreso, aunque sea bajo condiciones sumamente frágiles y expuestos a la explotación.

Desarrollo empírico

Más allá de las escasas posibilidades laborales que afectan a las poblaciones no cualificadas, es preciso tomar conciencia que residir en la vía pública implica enormes dificultades no sólo para conseguir un trabajo, sino también para mantenerlo.

Aspectos básicos como tener un domicilio o un número de contacto son desafíos cotidianos para una PSC. Como resumía un entrevistado: «¿cómo consigue trabajo una persona en la calle?, ¿a dónde lo llaman? Porque estás en situación de calle, ¿qué ponés?, ¿vivo en aeroparque?» (Diego, diciembre de 2018). El acceso a computadoras o impresoras era limitado, y muchos recurrían a centros de asistencia o conocidos para armar un CV. Sin teléfono o correo electrónico propio, frecuentemente dejaban como referencia el número de un conocido.

8 A modo de referencia, a principios del 2017, el dólar oficial estaba a $ 16 promedio y el salario mínimo vital y móvil (SMVM) era de $ 8060.

9 En 2017 la Canasta Básica Alimentaria en CABA para un adulto solo era de $ 2500. A mediados de ese año, un entrevistado pagó una habitación en una villa miseria del conurbano por $ 3500 al mes, un precio imposible de conseguir en CABA.

Otro obstáculo frecuente era el costo del transporte hacia potenciales empleos. Todos los entrevistados desarrollaban diferentes tácticas en función de su necesidad, contexto y distancia a recorrer (Biaggio, 2014). La mayoría buscaba y priorizaba trabajos por zonas a las que llegaban caminando, o en donde tenían referencias de que estaban contratando y contaban con posibilidades reales de ser empleados.

Salvo una única excepción, ninguno de los entrevistados culminó el colegio secundario. Dicha carencia representaba un obstáculo importante para obtener un empleo, incluso en seguridad. Esta dificultad se ve agravada por la exigencia de «buena presencia», que se vuelve difícil de sostener con la exposición prolongada a la calle. Elementos como ropa desgastada, calzado deteriorado o descuido físico actúan como marcadores visibles de la situación de calle, reforzando los estigmas internalizados y dificultando la inserción laboral (Biaggio, 2014; Bauman, 2000).

¿Por qué estas personas aceptan trabajos que no les permiten superar su situación de calle?, ¿qué significa para ellas «tener un trabajo»? En primer lugar, para muchos el trabajo era sinónimo de vida misma: «Me gustaba tener un trabajo porque necesito laburar, empezar a hacer mi vida, tener una vida, empezar a hacer algo» (Lucas, marzo de 2017).

Entre las PSC entrevistadas, el trabajo se erige como eje central en la construcción de identidad y autoestima, funcionando como marcador de diferenciación frente a otros grupos estigmatizados (Snow y Anderson, 1987). El trabajo ha sido uno de los ejes discursivos más fuertes en la construcción de identidad de nuestros informantes, especialmente bajo el patrón de distanciamiento: así, señalando que «yo no soy de la calle, yo estoy en situación de calle», quienes trabajaban usaban el empleo como una forma de establecer una diferencia con otras PSC. Incluso quienes no estaban empleados mostraban sus currículums o hablaban de sus planes laborales como vía para salir de la calle; otros resignificaban su pasado laboral para validarse ante los demás. «Trabajé muchos años de yesero, ganaba buena plata. Mi jefe me pagaba más que al resto porque yo era el mejor», repetía uno de los entrevistados.

Además, la adherencia a normas del mundo laboral —cuidado de la apariencia, abstinencia de drogas, rechazo a la mendicidad— reforzaba la identificación con valores sociales hegemónicos. Aun bajo condiciones de precariedad extrema, el empleo se percibía como símbolo de dignidad y pertenencia.

Frente a tantas dificultades, las garitas informales ofrecen una posibilidad de empleo a personas que no cuentan con el capital cultural y social para desempeñarse en puestos que dependen de la interacción cotidiana. Los contactos con los vecinos no son frecuentes, y la relativa distancia les permite disimular su aspecto. Además, no se revisan los antecedentes laborales ni se indaga sobre la persona; la mayoría consigue el trabajo tan solo enseñando su documento de identidad, luego de que otro vigilador lo recomiende. Más aún: comparado con otros, es un

trabajo relativamente compatible con los consumos problemáticos, lo cual representa una gran ventaja para quien padece una adicción. En más de un empleo les resultó complejo cumplir con los horarios, sostener las rutinas y ocultar su adicción. En este sentido, un coordinador de garita comentaba: «Una vez contraté a una persona en situación de calle, Ángel, pero tomaba, era su debilidad. Era buena persona y cumplía, la gente lo quería, pero tenía la dificultad de que tomaba. Cobraba y al día siguiente desaparecía» (Enzo, marzo de 2017).

Desde el punto de vista de las PSC, las garitas ofrecen otras ventajas: la posibilidad de tener una rutina, vestirse para ir a trabajar, establecer vínculos con personas que no están en situación de calle; algunos entrevistados mencionaban con orgullo: «la gente del barrio ya me conoce». Estas formas de reconocimiento, aunque sutiles, reponen sentidos de pertenencia y dignidad largamente erosionados por la experiencia de la calle. Así, el trabajo en las garitas habilita una reapropiación de la identidad como trabajador, en un contexto donde el mercado formal los rechaza sistemáticamente.

Vimos que, en Argentina, caló hondo la ética del trabajo como vía de ascenso social. Consecuentemente, la desocupación implica un fuerte impacto psicológico, ligándose con la incapacidad de estructurar la rutina diaria. En nuestros informantes, frecuentemente, el trabajo fue asociado con un sentido de normalidad indispensable para lograr un mínimo de autoestima y valoración personal.

> G: ¿Cómo fue volver a tener una casa?
>
> V: Fue difícil estar en situación de calle y volver a la vida normal.
>
> G: ¿Normal?
>
> V: Claro, una vida normal, estructurada: levantarse, ir a trabajar, volver a tu casa, estar con tu familia. La rutina que tenemos para ir al trabajo, esa es la «vida normal estructurada». Cuando estás en calle es difícil volver a eso, pero también es difícil perder esa vida normal, porque perdés tu guía cuando estás en calle. Y cuando estás en la calle, estás fuera de la sociedad. En realidad no fuera, paralela. (Víctor, diciembre de 2018).

Las PSC encontraban en las garitas una manera de pasar el tiempo socialmente legitimada: «Prefiero estar en la garita sábado y domingo y no estar deambulando como un espíritu en la calle» (Adrián, diciembre de 2017). El tiempo libre por la falta de trabajo sin una rutina que estructure y dé sentido a la vida diaria, sumado a la incapacidad de consumo para disfrutar de ese tiempo libre, provoca una sensación de degradación social con consecuencias psicosociales (Bauman, 2000). En este contexto, elementos mínimos de ocio disponibles en algunas garitas —como la presencia de televisión o electricidad para cargar dispositivos— adquirían un valor significativo, al ofrecer espacios de distracción y sociabilidad durante los turnos de trabajo.

En más de una ocasión, la garita fue presentada como un refugio. Algunos vigiladores permanecían en las garitas más tiempo del que duraba su turno, en especial los días de mucho frío o de lluvia. Allí podían guardar sus cosas y realizar tareas consideradas del ámbito privado -como lavar ropa, cocinar o ver videos en el celular-, sin tener que hacerlo en público. Poder construir rutinas de índole doméstica con cierta discreción, generalmente asociadas con la propia vivienda que en este caso no existía, habilitaba una sensación de normalidad sumamente valorada:

> Con mi amigo alternábamos los turnos, era nuestro techo. Teníamos una parrilla en la garita y hacíamos unos asados terribles. Con unos fierros armamos la estructura y la teníamos ahí. Yo hacía el turno de la noche, así que a veces cuando hacíamos el cambio de turno, buscaba maderas, carbón para preparar el fuego. Después de comer, ya me iba para la plaza a dormir. (José, marzo de 2016).

Si bien es un espacio precario y reducido, la garita les presentaba la posibilidad de dormir —aunque sea sentado— con cierta intimidad y sin la mirada de los transeúntes. Esto último es una ventaja significativa si tenemos en cuenta que pernoctar en el espacio público o en paradores dificulta el sueño y el descanso (Bachiller, 2025).

Dichos trabajos significaban un ingreso que, aunque insuficiente, habilitaba ciertos consumos. Por un lado, nos referimos a ingresos que permiten satisfacer un nivel mínimo de necesidades materiales. Por el otro, debemos tener presente que, en una sociedad de consumo como en la que vivimos, ser pobre también significa ser un consumidor expulsado del mercado, equivale a no acceder a los consumos que el resto de la sociedad impone, es estar excluido de la vida que se considera «normal» (Bauman, 2000). Tal situación no se reduce a una carencia material, sino que conlleva sentimientos de vergüenza y baja autoestima.

El consumo constituye un eje central en la construcción identitaria, incluso en contextos de privación material; los bienes adquiridos portan significados sociales y contribuyen a definir posiciones en la jerarquía cultural (Boivin *et al.*, 2004). Dado el escenario de carencias materiales, los pocos consumos a los que accedían las PSC entrevistadas gracias a su ingreso tenían un gran peso simbólico. Elegir qué comprar para comer (y no tener que recurrir a los espacios asistenciales), adquirir cigarrillos o alcohol para consumo propio y/o para convidar, o comprar bienes «de cierto lujo» (como zapatillas), eran gastos que resignificaban y validaban a la persona. Para muchos recibir dinero que no fuera a cambio de un trabajo era sumamente denigrante y contribuía a la internalización de los estigmas. Por el contrario, ubicarse en el rol de trabajador era una manera de oponerse a la categoría de beneficiario.

Así, las PSC entrevistadas encontraban en las garitas la posibilidad de reforzar su autoestima y combatir los estigmas a partir de un ingreso obtenido a cambio

de un trabajo. Si bien pasaban la mayor parte del mes sin dinero porque lo poco que cobraban duraba apenas unos días, ese bajo ingreso habilitaba ciertas elecciones. Marcelo, por ejemplo, gastaba todo lo que había ganado en una semana de trabajo en una salida al cine y a McDonalds con sus hijos; eso le permitía pasar el día con ellos sin que supieran que estaba en situación de calle. Adrián invitaba una vez al mes a su exmujer a cenar y a jugar al bingo. Incluso, le pagaba parte del alquiler porque «a ella no le alcanzaba»; posicionarse en el lugar de proveedor le retribuía más que cualquier otro consumo al que hubiera podido acceder con sus ingresos.

El dinero no era suficiente, y la imposibilidad de prever cuándo llegaría más favorecía que no existieran razones lógicas para ahorrar en pos de un objetivo futuro -como superar la situación de calle. Por eso, desde la visión de estas personas, *tenía sentido* gastar todo el ingreso del mes en uno o dos días, ya que esos pequeños placeres ofrecían una mayor retribución en goce y prestigio.

El acceso a dichos *consumos reparadores,* opera como otra razón para aceptar los empleos en garitas informales de seguridad. Por bajos y magros que sean, desde sus narrativas los ingresos que obtienen poseen ventajas. Por un lado, son el fruto de su propio esfuerzo en una actividad socialmente válida, lo que les permite contrarrestar los estigmas asociados con la situación de calle a los que ellos mismos adhieren. Por otro lado, el contar con dinero en efectivo les da la posibilidad de realizar algunos *gastos de prestigio* frente a otras PSC o a sus propios familiares.

Conclusiones

El trabajo ha sido históricamente conceptualizado como un elemento central de la vida social, incluso como constitutivo de la esencia humana (Neffa, 2003). No solo se lo asocia con la subsistencia material, sino también con la construcción de rutinas, la organización del tiempo, la conformación de identidades y la integración social. En este marco, una etnografía con PSC que se desempeñan como vigiladores en garitas de seguridad de la RMBA permite problematizar tales supuestos. El artículo indaga las razones que llevan a sostener empleos que no permiten superar la situación de calle y, al mismo tiempo, comprender los sentidos atribuidos a estos trabajos en relación con los procesos de integración social.

Las PSC enfrentan barreras estructurales para acceder al mercado laboral. La falta de domicilio, teléfono o acceso a tecnología limita sus posibilidades de postulación y contacto con empleadores. A menudo dependen de conocidos, dispositivos asistenciales o referencias de terceros para elaborar currículums, lo que reduce su autonomía y credibilidad. El traslado hacia empleos también es un obstáculo, ya que implica gastos difíciles de afrontar; por eso, priorizan oportunidades cercanas a su zona de residencia callejera o surgidas de redes informales.

La falta de estudios secundarios completos es otra barrera, incluso para empleos de baja calificación, como el de seguridad privada. A ello se suma la dificultad de

sostener la «buena presencia» exigida por el mercado formal, ya que la vida en la calle afecta la higiene, vestimenta y autoestima. Estas condiciones no solo son obstáculos materiales, sino que refuerzan estigmas internalizados que erosionan las posibilidades de integración plena.

En este contexto, el trabajo aparece para los entrevistados como mucho más que una fuente de ingresos. Representa la posibilidad de llevar una «vida normal», recuperar la autoestima y diferenciarse de otros grupos igualmente estigmatizados, como los «mendigos» o los «desocupados crónicos». Incluso quienes no tenían empleo recurrían a mostrar currículums o relatar planes laborales futuros como estrategia de diferenciación simbólica. También resignificaban trayectorias pasadas como evidencia de valor personal y pertenencia a la sociedad trabajadora.

En estas narrativas emerge una ética del trabajo que funciona como valor estructurante de la identidad. El empleo, aunque extremadamente precario, se concibe como símbolo de dignidad y reconocimiento social. El apego a normas laborales como el cuidado de la apariencia o el rechazo a la mendicidad constituye una forma de alinearse con valores dominantes. Así, el trabajo trasciende la mera generación de ingresos: habilita una sensación de normalidad indispensable para la autoestima y la valoración social.

Ante la dificultad de insertarse en el mercado formal, las garitas informales de seguridad surgen como una de las principales alternativas de empleo. Estos espacios exigen requisitos mínimos: basta el documento de identidad y la recomendación de otro trabajador. La ausencia de controles estrictos y la relativa autonomía del puesto disminuyen el peso de los antecedentes laborales o de la apariencia física. Además, se trata de un trabajo compatible con consumos problemáticos, pues no demanda un trato intensivo con clientes ni un rendimiento físico sostenido.

Más allá de los bajos ingresos, las garitas ofrecen múltiples beneficios simbólicos. Permiten reconstruir rutinas —levantarse, vestirse, acudir a un lugar de trabajo— y habilitan la interacción cotidiana con vecinos y comerciantes. Aunque mínima, esa interacción representa una forma de reconocimiento social que los entrevistados valoraban intensamente: «la gente del barrio ya me conoce», afirmaban algunos con orgullo. Esta legitimación sutil funciona como un mecanismo de restitución de la pertenencia y la dignidad deterioradas por la vida en la calle.

Las garitas también eran percibidas como espacios de refugio. Algunos vigiladores permanecían en ellas fuera de sus turnos para protegerse de las inclemencias climáticas, guardar pertenencias, lavar ropa o descansar con cierta intimidad. La posibilidad de realizar actividades domésticas en un espacio semicerrado otorgaba una sensación de normalidad asociada a la vivienda. Incluso dormir en la garita, aunque fuera de manera precaria, representaba una ventaja respecto de pernoctar en el espacio público o en los paradores.

Los ingresos, aunque inestables y exiguos, tenían un peso simbólico desproporcionado. En sociedades de consumo, como señala Bauman (2000), la pobreza no se reduce a la carencia material, sino que implica exclusión del universo de bienes que definen la pertenencia social. Para las PSC, el dinero del trabajo habilitaba pequeños consumos significativos: comprar alimentos sin recurrir a comedores, adquirir ropa o calzado nuevo, compartir cigarrillos o invitar a un familiar a cenar. Estas prácticas, aunque modestas, eran resignificadas como gestos de validación, prestigio y reconocimiento social.

En este marco, la aparente irracionalidad de gastar un salario mensual en una sola noche de bingo con la expareja o una cena con los hijos se comprende al considerar la imposibilidad de proyectar a largo plazo en un contexto de ingresos inciertos. Tales decisiones proporcionaban gratificación inmediata y reconocimiento social, superando en valor simbólico a la acumulación de ahorros para un futuro improbable. Así, el consumo opera como práctica reparadora: fortalece la autoestima, contrarresta el estigma y reproduce la identidad de trabajador.

Otro aspecto destacado en los relatos es la organización del tiempo. El desempleo no solo implica falta de ingresos, sino también pérdida de la capacidad de estructurar rutinas y dar sentido a la vida diaria. La garita, al proveer un espacio de rutina mínima, restituía un orden temporal necesario para la autoestima. La presencia de ciertos elementos de ocio, como televisores o electricidad para cargar dispositivos, también resultaba significativa: ofrecían distracción y reforzaban un sentido de sociabilidad, contrarrestando la degradación asociada al tiempo libre sin posibilidades de consumo.

De este análisis se desprenden varias conclusiones sobre la integración social de las PSC. Primero, el trabajo constituye un eje de integración simbólica y social incluso bajo condiciones de precariedad. Opera como dispositivo de reconocimiento, diferenciando a los trabajadores de la figura del mendigo y reivindicando la identidad de trabajador. Además, la rutina laboral funciona como restitución de normalidad, evitando el vacío y la degradación subjetiva del desempleo. En tercer lugar, el trabajo permite contrarrestar estigmas internalizados y reafirmar valores dominantes. Por último, el vínculo entre empleo y consumo adquiere un carácter reparador: aunque los ingresos sean escasos, permiten acceder a consumos valorados que reponen autoestima, reconocimiento y pertenencia.

Ahora bien, no se deben minimizar los límites estructurales. La inestabilidad laboral y la ausencia de proyección de largo plazo impiden que estas experiencias se traduzcan en una salida efectiva de la calle. Se trata, más bien, de formas parciales de integración simbólica y relacional que conviven con la precariedad persistente.

Este estudio permite también cuestionar ciertos supuestos de las políticas públicas. Las PSC no están completamente excluidas de la sociedad: participan de ella mediante empleos precarios, consumos significativos y la adhesión a valores

laborales dominantes. Por ello, no requieren ser «resocializadas» en torno a la cultura del trabajo. Es precisamente el valor del trabajo lo que orienta sus esfuerzos de integración. Que el Estado haya desatendido históricamente el papel del trabajo como eje de integración social y que hoy insista en programas de «reeducación laboral» refleja la reproducción institucional de estigmas de vagancia.

De cara al diseño de políticas públicas, se propone considerar el trabajo como un eje estratégico. Más que focalizar en la reeducación, se debería apoyar a quienes sostienen empleos precarios y hogares en riesgo, evitando que transiten hacia el desempleo y la calle. Escuchar las voces de las PSC que se desempeñan en garitas de seguridad revela tanto la potencialidad del trabajo como vector de integración, como los riesgos derivados de la precarización extendida en el mercado laboral actual. Así, la experiencia de las PSC interpela no solo a la problemática de la exclusión social, sino también a las transformaciones contemporáneas del trabajo en sociedades posfordistas, donde el empleo ya no garantiza las condiciones de vida que aseguraba en el apogeo del Estado de bienestar del siglo XX (Paviotti, 2023).

Referencias bibliográficas

Bachiller, S. (2008). *Exclusión Social, Desafiliación y Usos del Espacio. Una etnografía con Personas Sin Hogar en Madrid*. (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Madrid.

Bachiller, S. (2025). Situación en la Ciudad de Buenos Aires. En Bachiller, S. (Coord.), *Situación de calle. Derechos negados en el AMBA (2015-2023).* Eduntref.

Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa.

Biaggio, M. (2014). *Ser, estar, parecer: reconocimiento social y resistencia identitaria en torno a las políticas habitacionales del GCBA dirigidas a personas en situación de calle (1997-2012)*. (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires.

Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. (2004). Antropología del consumo. En *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Antropofagia.

Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI Editores.

Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Paidós.

Cippec. (2025). *Índice de progreso Social del Conurbano bonaerense*. https://www.cippec.org/publicacion/indice-de-progreso-social-del-conurbano-bonaerense/

Donza, E. (2019). *Heterogeneidad y Fragmentación del mercado de trabajo (2010-2018)*. Documento de Trabajo, Observatorio de la Deuda Social Argentina. https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/8301

Fleitas Ortiz de Rosas, D. (2011). *La Seguridad Privada en Argentina*. Documento de Trabajo. Asociación para Políticas Públicas.

Gerrard, J. (2017). *Precarious Enterprise on the Margins. Work, Poverty, and Homelessness in the City.* Palgrave Macmillan.

Giddens, A. (2001). *Sociología.* Alianza.

Indec. (2024a). Mercado de trabajo. Indicadores de informalidad laboral (EPH). Cuarto trimestre de 2023 a cuarto trimestre de 2024. *Trabajo e Informes*, *9*(5). https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/informalidad_laboral_eph_04_2529DEBE4DBB.pdf

Indec. (2024b). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022: Región Metropolitana Buenos Aires: Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 39 partidos de la provincia de Buenos Aires*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/poblacion/censo2022_rmba.pdf

Lorenc Valcarce, F.; Khalil, E. y Guevara, T (2012). El nuevo proletariado de la vigilancia: los agentes de seguridad privada en Argentina. *Trabajo y Sociedad*, *19*, 103-116.

Manvoutouka, T. (2013). ¿Hasta qué punto y cómo puede conceptualizarse el trabajo informal? *Laboreal*, 9(2).

Meda, D. (1998). *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*. Gedisa.

Neffa, J. C. (2003). *El trabajo humano. Contribuciones al estudio de un valor que permanece*. Lumen.

Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA). (2023). *Trabajo, empleo, inactividad forzada y exclusión social en Argentina urbana. Encuesta de la Deuda social Argentina*. https://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2022/2022-OBSERVATORIO-MERCADO-LABORAL_ODSA%20PRENSA.pdf

Paviotti, M. G. (2023). *Los mandatos del trabajo en las fronteras de la integración social Personas en situación de calle empleadas como guardias de seguridad privada en garitas de zona norte del Gran Buenos Aires (2016-2019)*. (Tesis de maestría). Universidad de San Martín.

Perelman, M. D. (2011). La construcción de la idea de trabajo digno en los cirujas de la ciudad de Buenos Aires. *Intersecciones en Antropología*, *12*(1), 69-81.

Portes, A. y Haller, W. (2004). *La economía informal.* Cepal.

Relevamiento Nacional de Personas en Situación de Calle (Renacalle). (2023). *Informe General*.

Rosa, P. (2017). *Habitar la calle: el accionar de las organizaciones de la sociedad civil en la Ciudad.* CEUR-Conicet.

Salvia, A. (2003). Crisis del empleo y fragmentación social en la Argentina. Diagnóstico necesario y condiciones para su superación. *Revista Herramienta*, 1.

Snow, D. y Anderson, L. (1987). Identity work among the homeless: the verbal construction and avowal of personal identities. *American Journal of Sociology*, *92*(6), 1336-1371.

Wilkis, A. (2006). Trabajo, espacio público y moral: la venta de las "Publicaciones de la calle" en la Ciudad de Buenos Aires. *Kairos*, *10*(18), 1-22.

Contribución de autoría

María Gabriela Paviotti: Conceptualización. Metodología. Redacción: borrador original. Redacción: revisión y edición.

Santiago Bachiller: Conceptualización. Metodología. Redacción: borrador original. Redacción: revisión y edición.

Disponibilidad de datos

El conjunto de datos que apoya los resultados de este estudio no se encuentra disponible.

Nota

Aprobado por Joaquín Cardeillac (editor responsable).